

La psicología como ciencia básica: entre la demolición y la purificación improbable

FERNANDO GABUCIO

Universidad de Barcelona

Resumen

En este comentario se objeta la pretensión de una comparación demasiado directa de la científicidad de disciplinas distintas, como la psicología por un lado y la química o la biología por otro. No parece haber una teoría histórico-epistemológica del desarrollo de las ciencias lo suficientemente articulada como para fundar tal comparación en criterios sólidos.

Palabras clave: Epistemología de la psicología, actos de habla, lenguaje psicológico.

Psychology as a basic science: between demolition and improbable purification

In this commentary an objection is made about direct epistemological comparisons between different scientific disciplines, like psychology on one side and chemistry or biology on another side. It does not seem to be an historical-epistemological theory about the development of sciences well founded enough to allow such a comparison on solid criteria.

Keywords: Epistemology of psychology, speech acts, psychological language.

El artículo de Ribes (2009) objeto de discusión me parece un trabajo enormemente sugerente y provocador. El título del mismo se formula como una pregunta de largo alcance: ¿cuál es el universo de investigación de la psicología como ciencia básica? Es una de esas preguntas que, para quienes se dedican a la investigación en psicología, corren

un riesgo doble: o bien ya no se formula porque la respuesta se considera obvia (cada cual la suya, muy probablemente, y muchas muy distintas entre sí), o bien no se aborda, al menos con frecuencia, porque se le intuye una intención problematizadora, crítica, casi insurgente. Me parece claro que estamos ante un trabajo que corresponde más a esta segunda índole. Aún así, pronto se aclara que “no es mi propósito aquí argumentar a favor de un objeto de conocimiento particular de la psicología” (p. 8). De lo que se trata más bien, según se enuncia en el apartado introductorio, es de señalar la existencia de tres niveles categoriales y de lenguaje en la teoría y los lenguajes científicos: el lenguaje ordinario, la historia natural del lenguaje ordinario y la abstracción de conceptos respecto de las prácticas del lenguaje ordinario. No está claro que podamos hablar de un lenguaje psicológico en esos mismos tres niveles. De ahí, se propone, es de donde surge “la confusión en psicología” (p. 8) y, en última instancia, “la Torre de Babel que es nuestra disciplina” (p. 19), que “carece de un objeto de conocimiento consensuado” (p. 18). Entiendo que la intención última es la de alentar una discusión sobre las condiciones epistemológicas de la disciplina. Como interlocutor, lo que trataré de hacer es recoger algunos de los desafíos interpretativos que se proponen y dialogar con algunas de las afirmaciones y también con lo que me parece el fondo del análisis realizado.

Lo cierto es que la estructura argumentativa de las tesis que se exponen en el desarrollo del escrito no es nada simple. En mi opinión hay un buen conjunto de aseveraciones y análisis que merecerían más atención y discusión de la que aquí va a poder ofrecerse. Por otra parte, comparto muchos de los

Dirigir toda correspondencia al autor a: Departamento de Psicología Básica, Facultad de Psicología, Universidad de Barcelona; Pº del Valle de Hebrón, 171, 08038-Barcelona, España. Correo electrónico: fgabucio@ub.edu

puntos de vista expresados. De hecho, creo que estoy básicamente de acuerdo con el diagnóstico epistemológico que se hace de la psicología como disciplina científica. Pero en cambio no comparto el dramatismo y la desilusión, si la hay, con los que se formula ese diagnóstico. La enfermedad existe, pero no es tan grave. Trataré de explicarlo.

Sobre la génesis del mito

En el apartado introductorio, como es natural, se motiva el escrito. Como síntesis del planteamiento me quedo con la afirmación de que existe “*un pluralismo disciplinar no reconocido, cuya forma de existencia es el mito de una disciplina unificada llamada psicología*” (p. 8). Impecable (me excuso aquí por algunos juicios sumarísimos como éste, pero los necesito para avanzar tratando de recorrer esa estructura argumentativa a la que me refería). El segundo apartado traza “la génesis del mito”. De nuevo, muy de acuerdo con la reconstrucción histórica que se hace. Tan sólo se me ocurre notar que aunque es indiscutible la herencia dualista que Descartes nos deja, me parece también correcto señalar que con él se empieza a “renaturalizar”, si se puede decir así, lo que antes se había desnaturalizado. Pero no deja de ser un punto menor dado que, de nuevo, estoy de acuerdo con que de ahí viene “*la supuestamente moderna división entre cognición y comportamiento*” (p. 10).

Sobre la fenomenología de lo psicológico y las prácticas del lenguaje ordinario

El problema del apartado segundo (sobre “La fenomenología de lo psicológico y las prácticas del lenguaje ordinario”) es que no sé cómo tomarlo. Desde luego, no me escandaliza nada. La idea de fijarse en el lenguaje psicológico ordinario como punto de partida de las maneras teóricas de hablar acerca de lo psicológico me parece un arranque, desde un punto de vista cultural e histórico, sólido e incluso ineludible. Por otra parte, entiendo que es un elemento crucial del planteamiento teórico que se hace en el conjunto del trabajo —y que en apartados posteriores va a ser explotado—. Pero, en cambio, me queda la sensación de que toda la interpretación del uso de los términos mentales como actos de habla está diciendo, al final, subrepticamente —o quizás no-, que el lenguaje ordinario que incluye términos mentales está constitui-

do de *meros* actos de habla, como si éstos, al final, estuviesen huecos, vacíos. Así, por una parte, se afianza la idea de que “*la materia cruda de la psicología reside en la base del lenguaje ordinario y de las prácticas individuales involucradas en cada una de sus expresiones*” (p. 12), por otra, se dice que “*estas prácticas son los fenómenos psicológicos propiamente dichos*”, pero se añade, para mi desconcierto, que “*no hay nada más allá del episodio que tiene lugar en la práctica del lenguaje ordinario*” (p. 12). No sé tampoco cómo tomar una de las frases con que se corona el apartado: “*La mente es conducta entre personas, y no otra cosa*” (p. 12). En una primera lectura me parece que esta afirmación resintetiza, por así decir, la defensa que yo he creído que se estaba haciendo del lenguaje ordinario mentalista como primer escalón del edificio del lenguaje psicológico. Pero, ¿qué significa “y no otra cosa”? La respuesta parece ser que “*la psicología ha confundido su fenomenología con descripciones de un mundo fantasmagórico e imaginario*” (p. 12). A mi modo de ver, es complicado sostener eso si a la vez se está defendiendo la idea, como creo que se hace, de que las ciencias en general, y esto es importante, parten del lenguaje ordinario como fuente de conocimiento que luego, en la “historia natural del lenguaje ordinario”, se depura para llegar a producir abstracciones científicas.

Sobre el lenguaje técnico, clasificación y abstracción científica

En el apartado tercero se da una especie de salto. Dejamos de hablar de lenguaje ordinario y pasamos a hablar, siguiendo a Toulmin (1953), de lenguaje técnico, con términos unívocos, que “*se aplica de manera unívoca a propiedades formales o funcionales compartidas por los distintos fenómenos y/u objetos*” (p. 13). Hemos ingresado en el lenguaje verdaderamente científico, en el nivel de abstracción propio de las ciencias bien desarrolladas. Aquí se recuerda cómo se identifican las estrellas y cómo pertenece a este nivel de abstracción teórica la tabla periódica de los elementos químicos. A la vez, ya no hay mucho que decir aquí de la psicología porque, es la tesis central del trabajo, en psicología se carece de ese nivel de lenguaje teórico. Una cita un poco más larga viene a cuento: “*un psicólogo, de cualquier orientación disciplinar, para ser comprendido cada vez que habla a un auditorio es-*

pecializado empleando términos tales como memoria, pensamiento, inteligencia, imaginación, personalidad, percepción, aprendizaje o cualquier otro de los términos constitutivos del interés de la psicología, tiene que empezar por explicitar qué entiende por ese término, cómo lo usa y a qué tipo de indicadores se refiere. Esta práctica universal de nuestra disciplina (...) refleja exclusivamente la problemática conceptual creada por el trasvase de los términos mentales del lenguaje ordinario en la forma de lenguaje técnico en nuestra supuesta ciencia” (p. 12). En mi opinión, aquí hay varios problemas, y no pasan exactamente por negar estas últimas afirmaciones, que creo que en una buena medida son ciertas. Se trata básicamente de un problema de comparación, de qué puede compararse, con qué frutos, con qué otra cosa.

En primer lugar, ha desaparecido de la esfera de las consideraciones (con la terminología del artículo) “la historia natural del lenguaje ordinario” de la química, la astronomía o la biología –pero sabemos que son largas, sinuosas y no siempre en progresión ascendente y clarificadora-. Nos encontramos, en cambio, con referencias a teorías muy maduras, muy cuajadas, muy en el dominio de la abstracción teórica. Al final, se está comparando la tabla periódica de elementos químicos con una simple y cruda lista de funciones psicológicas. No se reconstruyen en absoluto, como sí se ha hecho con la historia de la noción de alma, aunque sea de forma esquemática, los orígenes conceptuales en el lenguaje ordinario, en siglos de desarrollo, de términos ahora técnicos de la biología o la química. El resultado de esa comparación es desdeñoso para la psicología, como no podía ser de otra forma. Se está comparando (dicho un tanto freudianamente) lo que se es con lo que se quisiera llegar a ser, una comparación odiosa cuando se hace de un solo golpe, instantáneamente (quizá no sea aquí inoportuno recordar que el concepto kuhniano de paradigma pretendía precisamente trazar la frontera entre ciencia maduras e inmaduras –Kuhn, 1962).

En segundo lugar, planea la sospecha, porque debe inferirse del conjunto del artículo, de que, en cualquier caso, el lenguaje ordinario de esas disciplinas *maduras* sí ha fructificado científicamente, mientras que es sumamente dudoso que el lenguaje mentalista pueda hacerlo, sobre todo si es el de un mundo, como se ha dicho, “fantasmagórico e imaginario”.

En tercer lugar, ha desaparecido también de la escena la teoría de los actos de habla, con la que previamente se ha apuntalado el lenguaje psicológico ordinario. ¿Debemos entonces entender que dicha teoría ha servido exclusivamente para subrayar el carácter hueco de las expresiones psicológicas mentalistas y que, en cambio, las aseveraciones científicas de otras disciplinas, las maduras, carecen de fuerza ilocutiva y poseen únicamente significado locutivo? ¿Es la teoría de los actos de habla útil para desacreditar el lenguaje psicológico ordinario, pero improcedente para aplicarla a los usos lingüísticos de las ciencias maduras?

Estas son mis perplejidades ante la comparación en la que creo que se fundamenta el conjunto de la posición sostenida en el artículo en discusión. Resumiéndolas: se está comparando lo mejor de las disciplinas maduras, sin detalle en el análisis, suponiendo que no son problemáticas desde un punto de vista epistemológico, y olvidando que hayan podido serlo en algún momento, con ciertos rasgos del origen y del actual nivel de desarrollo de la psicología, banalizados en listas de palabras, que parecen considerarse a la vez naturales y fatales, sin que haya detrás ninguna escala, históricamente bien fundada y epistemológicamente respetuosa con el desarrollo de las ciencias, en la que fundamentar la comparación.

Sobre el lenguaje de la psicología

Trazadas así las coordenadas, es inevitable que el apartado cuarto, sobre “El lenguaje de la psicología”, desemboque en lo que me parece o bien una paradoja, o incluso una contradicción. Por una parte, “*los fenómenos psicológicos no son inasibles, distintos en cualidad a cualquier otro fenómeno natural*” (p. 14), pero, dramáticamente, la naturaleza multívoca de los términos mentales “*no permite emplearlos como categorías abstractas para clasificarse y representarse a sí mismos*” (p. 14). ¿Qué hacer? Hasta aquí, se ha planteado un verdadero callejón sin salida. Este apartado parecería destinado a constituir el corazón del artículo. La propuesta de las “cinco estaciones categoriales” a recorrer por el lenguaje psicológico se presenta como candidata a solución. Pero me temo que es *demasiado tarde*. Algunos juicios anteriores han minado el suelo en el que depositar la propuesta que resulta, a mi modo de ver, tremendamente hipotética, insufi-

cientemente articulada –para el papel que parece querer tener en el conjunto del análisis–, y muy deudora de la distinción, o más bien la dicotomía, entre conocimiento y lenguaje ordinario, por una parte, y conocimiento y lenguaje científico, por otra. Esta distinción, tan propia del positivismo pre-hansoniano (Hanson, 1971), no me parece falsa, pero sí terriblemente simplificadora.

Sobre la reflexión conceptual e investigación en psicología

El apartado quinto acentúa todavía más las dificultades y la complejidad de la situación al incluir además la problemática de las relaciones entre psicología y otras disciplinas limítrofes, en las que ya no puedo entrar. Pero en conjunto, me parece que, de nuevo, se cambia el *registro*, y se pasa a un tono eminentemente desiderativo. Cuando se dice que “*términos como pensamiento, aprendizaje, motivación, percepción, memoria, razonamiento, emoción, entre otros, no pueden ni deben formar parte del léxico técnico de la teoría psicológica*” (p. 17), y, a la vez, no se da ninguna indicación en absoluto de términos que sí deban formar parte del lenguaje teórico de la psicología, tengo la impresión de que se está proponiendo una especie de figura imposible, de que se está suspirando por algo inefable.

Comentario final

Para acabar, creo que comparto con Ribes (2009) –en lo que al trabajo objeto de comentario se re-

fiere– un cierto desasosiego epistemológico con respecto a la naturaleza de la psicología como disciplina científica. Ahora bien, mi impresión es que el diagnóstico que él hace apunta directamente a problemas y deficiencias de la psicología y muy especialmente de su lenguaje, vistos desde ciertas concepciones *previas* de lo que la ciencia es y debe ser. Mi punto de vista, en cambio, o mi intuición, más bien, es que, sin negar en absoluto la existencia de esas singularidades, o incluso deficiencias, pesan tanto esas concepciones previas de lo que la ciencia es y debe ser que el efecto que acaban teniendo en el juicio epistemológico es el de acabar aplastando, literalmente, a la psicología. Y no me parece *justo*, ni para la psicología ni para la ciencia en general –que no deja de ser un tipo específico de actividad humana y un producto del comportamiento humano–.

REFERENCIAS

- Hanson, N.R. (1971/1977). *Patrones de descubrimiento. Observación y explicación*. Madrid: Alianza.
- Kuhn, T.S. (1962/1971). *La estructura de las revoluciones científicas*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Ribes, E. (2009). La psicología como ciencia básica ¿Cuál es su universo de investigación? *Revista Mexicana de Investigación en Psicología*, 1(2), 7-19.
- Toulmin, S. (1953). *The philosophy of science: An introduction*. Londres: Hutchinson.